

## HACIA UN NUEVO REINO: EL ARGUMENTO DE *OMNÍBONA* (CA. 1536-1540)

---

*Libro I: La entrada al Reino de la Verdad. Los caminos, posadas y puertos.*

La obra comienza con una reflexión, en primera persona, de un hombre que desea conocer las costumbres de las distintas naciones, y encontrar el mejor gobierno, y el que mejor sirve a Dios. Por este deseo de conocer el mundo, adopta el nombre de Caminante Curioso. Cuando comienza la narración ya ha recorrido sin éxito muchos lugares, y, aunque ha hallado muchas cosas memorables, nunca eran perfectas. A punto de abandonar la búsqueda, encuentra a un joven, Amor de Dos Grados, que le conduce, mientras conversan, a un reino que satisfará sus deseos. Es este el Reino de la Verdad, al que acceden al traspasar dos altas columnas. El Caminante contempla asombrado la anchura, mantenimiento, buen orden, limpieza y señalización de caminos y puertos, la honradez y limpieza de los posaderos, la justicia de los impuestos, la fácil comunicación de todos los lugares del reino, la probidad de los inspectores que vigilan los caminos, posadas y mercados, la facilidad con la que se desarrolla el viaje y el comercio en este desconocido reino, y la ausencia de monopolios o privilegios que produzcan carestía o precios injustos o que perjudiquen a quienes menos tienen. Las buenas leyes generan un comercio justo y libre que trae prosperidad y riqueza a todos los ciudadanos.

*Libro II: La llegada a Omníbona.* Tras dos días de viaje, Caminante y Amor de Dos Grados llegan a la capital, Omníbona, en domingo. Hallan posada y visitan en primer lugar la iglesia principal. Describen el orden y recogimiento del templo, el tratamiento ejemplar de los pobres y enfermos, naturales o de otros países, y la fiscalidad que permite financiar la asistencia y la educación universal de todos los ciudadanos. El remedio de la pobreza y la asistencia a los pobres enfermos son el tema principal del diálogo. El Caminante se asombra de la limpieza, silencio y buena traza de calles y edificios.

*Libro III: El rey Prudenciano y el sermón de la caridad.* Caminante y Amor de Dos Grados conocen al rey Prudenciano. El Caminante describe la sobriedad de su palacio, carente de superfluidad y lujo. Prudenciano, al observar que el Caminante viste como extranjero, invita a los viajeros a su recámara, donde les cuenta los principios fundantes de la república cristiana y diserta sobre la Verdad, que da nombre al reino. La eliminación de la mentira, del fraude y del engaño habría conducido a una sociedad más moral, más justa, más cristiana y también más próspera. El buen gobierno se describe como el resultado de una reforma, que comenzó cuando Prudenciano alcanzó a comprender cabalmente, tras escuchar un sermón, que la idea cristiana de caridad, además de guiar la conducta individual de los creyentes, podía entenderse como un principio político, capaz de inspirar y guiar todas las acciones de gobierno.

*Libro IV: La escuela.* Los tres personajes visitan en primer lugar la escuela, cuyo edificio y disposición se describe con pormenor, así como el horario de estudios y las materias y lecturas propias de cada año. La educación es obligatoria para niños y niñas, con grandes multas para los padres que no cumplan con ello, y es igualitaria, pues a ella concurren todos, incluidos los hijos del rey, que se educan con el resto de ciudadanos. La educación es el pilar

de la moralidad y la felicidad del reino, en el que la alfabetización es total. Los niños son, en parte, el instrumento de las reformas políticas, pues, cuando se implantó este sistema escolar, contribuyeron a educar a sus padres y a las generaciones anteriores, al menos en aspectos de devoción y conocimiento religioso. La escuela exige un registro, por lo que entraña la construcción de un censo universal de la población. Tras visitar las escuelas en una mañana, los personajes discuten en la tarde acerca de su ordenación en la recámara del rey, que explica de nuevo los detalles de su funcionamiento. A instancias de Amor de Dos Grados, Prudenciano expone cómo se financia la educación completa de niños y niñas, cómo se contrata a los maestros y maestras y cómo se establecen sus salarios. Este libro es el más detallado y extenso de toda la obra.

*Libro V: La universidad.* Caminante y Amor de Dos Grados visitan la universidad, que forma una pequeña ciudad independiente, la *Casa de Minerva*, en las afueras de Omnibona. Sus puertas se cierran por las noches, lo que preserva a los estudiantes de distracciones. Los personajes contemplan su disposición y describen su funcionamiento (como, por ejemplo, la ordenación de las lecciones o el sistema de provisión de cátedras). Más tarde, el rey Prudenciano explica en su recámara cómo erradicó los vicios de la universidad existente, cómo procedió a su reforma, y cuáles son los beneficios de las nuevas ordenanzas. Hay colegios de griego y hebreo para la comprensión plena de las Escrituras, lo que aproxima la Casa de Minerva al modelo al de algunas universidades efectivamente existentes y a los ideales de la filología bíblica en el siglo XVI. Este libro, junto al anterior, que asemejaba la escuela a un *paraíso en la tierra*, evidencia que *Omnibona* es, en gran medida, una utopía pedagógica.

*Libro VI: Los tribunales de justicia.* El libro VI está dedicado a la administración de la justicia. Comienza con una visita matinal de los viajeros a los juzgados y a la cárcel y, como en los libros anteriores, la conversación prosigue por la tarde en la recámara del rey. La ejemplaridad de estos lugares (limpios, silenciosos, ordenados) es comparable a la de los monasterios. Prudenciano reformó la justicia, simplificó los pleitos y procesos, redujo la litigiosidad, castigó el perjurio y los pleitos injustos, profesionalizó a los escribanos, limitó el número de letrados a la vez que mejoraba sus salarios y llevó la administración de justicia a los lugares más apartados y lejanos del reino. Introdujo un sistema igualitario de provisión de cargos y oficios fundado exclusivamente en el mérito individual y en la capacidad y conocimiento de las leyes, y no en *favorecimientos*. Destaca, en todos los libros, la centralidad de la ley y del derecho, “que a todos iguala”.

*Libro VII: El ejército y su mantenimiento.* El libro VII se dedica al ejército numerosísimo del Reino de la Verdad, y a la fiscalidad que haría posible su mantenimiento en tiempo de paz y de guerra. Los personajes presencian por la mañana los juegos de habilidad de los soldados (justas, torneos, etc.) y discuten luego sus ordenanzas y financiación, así como las disposiciones que generan virtud y probidad en soldados y capitanes. El interés por la financiación de un ejército descomunal, de veinte mil hombres de armas, cincuenta mil jinetes y cien mil soldados, es la materia esencial de la exposición, y conduce a una reflexión sobre la fiscalidad general del reino y sobre el modo de mantener hombres de armas sin establecer una imposición abusiva o confiscatoria a los ciudadanos.

*Libro VIII: El comercio y las costumbres.* El libro VIII está dedicado a la reforma del comercio, a las costumbres y a las leyes suntuarias. La idea central es la de quitar ocasiones de pecado mortal mediante una legislación justa que desincentive el mal, el fraude o el exceso. La buena política genera, pues, moralidad, mientras la mala ordenación de la vida pública produce engaño y pecado. El libro se interesa por la erradicación de los pecados económicos o sociales (fraude, mentira, engaño, falso juramento), por la limitación de los gastos suntuarios o

“desconcertados”, por la eliminación de banquetes y “placeres mundanos”, por el control del juego, y por la mejora de los pobres y los trabajadores. El rey, como dechado, practica la frugalidad y la sencillez, y genera, por imitación, virtud en todos los súbditos. Es destacable la reflexión sobre la moralidad no sólo como la consecuencia de la conducta o de una elección individual, sino como producto de leyes justas y aplicadas con vigilancia y consistencia. El libro VIII puede entenderse como un libro de transición, ya que no sigue la estructura de los cuatro libros precedentes y adelanta la de los cuatro restantes, en los que domina la voz de Prudenciano.

*Libro IX: La política colonial.* Comienzan ahora los libros que podríamos llamar del *consejo*, en los que el rey Prudenciano cuenta a los personajes de Caminante y Amor de Dos Grados cómo acometió la reforma de varias instituciones y leyes a partir de memoriales o denuncias de quienes conocían problemas o injusticias no resueltas y de la convocatoria de juntas *ad hoc*. A partir de este momento, Prudenciano es la voz principal del relato, aunque su parlamento contiene diálogos insertos del rey con sus consejeros. El libro IX relata cómo se descubren nuevas tierras en Oriente, con grandes tesoros, y cómo se organizó en principio y se organiza ahora, en su reinado, la administración de los territorios de ultramar. Uno de sus súbditos hizo al rey un relato crítico de la conquista y de la servidumbre de los nuevos vasallos, que se tienen por dóciles, buenos, “disciplinales” y obedientes. Tras reunir a sus consejeros y escuchar el memorial de denuncia, Prudenciano ordena la alfabetización universal de los nuevos vasallos, la enseñanza de la doctrina cristiana y la devolución de lo obtenido de manera ilegítima. La reforma trata de controlar de forma legal y moral las nuevas tierras, y enfatiza la renuncia del rey a toda posesión o conquista si implica ofensa alguna a Dios. La nueva política colonial se funda en el amor, la justicia y la igualdad, y la reforma se lleva a cabo no sólo por iniciativa del rey, sino de forma colegiada, con la asesoría de letrados, teólogos, canonistas y “buenas personas”.

*Libro X: La administración eclesiástica y el cuidado de almas.* El libro X está dedicado a la reforma del sistema episcopal y de las prelaturas y es el más breve de la obra. Su andadura se asemeja a la del libro anterior. El rey y sus consejeros son artífices de una reforma que obliga a los obispos y preladados a residir en sus sedes y a acometer un verdadero trabajo pastoral. Son, de nuevo, “buenas personas” las que exponen, o denuncian, ante el rey los males que se derivaban del absentismo de los obispos, y Prudenciano, con sus consejeros, quien establece para ellos normas estrictas, que incluyen, por ejemplo, la expulsión de todos los obispos que no estén en sus sedes u ocupados del cuidado de las almas. Esta exigencia coincide con una de las normas que impondría posteriormente el Concilio de Trento. De nuevo, la denuncia toma la forma de un vívido diálogo inserto en el que un religioso anónimo pondera el valor del consejo y, en especial, del ‘consejo de Dios’, que a veces se manifiesta en el de los hombres más humildes y simples. Este tema, el del buen consejo, es crucial en el libro.

*Libro XI: Las órdenes religiosas.* El libro XI versa sobre la reforma de las órdenes, que se realiza mediante una gran junta de provinciales, abades y ministros de todas las existentes en el reino. El texto presenta a Prudenciano en diálogo con sus asesores y dirigiendo un discurso a la junta de autoridades. La reforma de las órdenes se funda en la educación recta de los novicios y novicias, orientada hacia una vida de perfección. El rey determina, oídos sus consejeros, que nadie ingrese en una orden contra su voluntad, que los monjes salgan de las calles y casas de los seglares, que no entiendan en nada ajeno a sus monasterios y que lleven una conducta de probidad, austeridad, humildad y servicio. Concierta también la relación entre órdenes diversas, exige la ejemplaridad de predicadores y confesores y reforma las condiciones económicas de la vida del clero.

*Libro XII: La Inquisición.* De nuevo, como en los tres libros anteriores, se relata una reforma (“cómo se hacía antes de ahora y en este tiempo cómo se haga”), asistida por una junta de asesores, y suscitada por la crítica a la Inquisición de una "persona buena". El libro relata el diálogo de Prudenciano con los críticos y consejeros. Entre las nuevas medidas de Prudenciano destacan las que mejoran la vida de los presos, acaban con el anonimato de las delaciones y con el falso testimonio contra los conversos, y reforman los ingresos y salarios de los inquisidores, para evitar que la confiscación de bienes pueda convertirse en un incentivo de la acción inquisitorial. La medida más relevante es la de construir una Inquisición fundada en la caridad y la corrección fraterna, y dirigida por teólogos y no por canonistas, para que la determinación de la herejía fuera precisa y justa. Una junta de reforma, formada por inquisidores, canonistas y teólogos, acaba con el secreto, concede abogados a los acusados, favorece la persuasión y la caridad sobre el castigo, erradica la herejía mediante la educación, respeta los bienes de los reos y propone penitencias que no son ni afrentosas ni públicas. El nuevo sistema de financiación y la profunda *teologización* del sistema inquisitorial procurarían un ejercicio de corrección fundado en el amor cristiano. El texto defiende, de manera señalada y ardiente, la igualdad de los conversos con los cristianos viejos, y su derecho a acceder a cargos públicos. Más aún: en el Reino de la Verdad, la alfabetización de toda la población acabaría por desterrar la herejía de la república. La Escuela terminaría por hacer innecesaria la Inquisición.

Por último, en las líneas finales del libro XII se produce el cierre del discurso político del libro XII y de la totalidad de la obra. Prudenciano concluye su parlamento refiriéndose a su Reino y a su propio relato como la narración de una transformación. Menciona especialmente una idea que ha expuesto en varias ocasiones, a saber, que la política real no ha de ser confiscatoria, sino de restitución, pues, realmente, la hacienda y el bienestar del reino crece a medida que devuelve lo que obtiene de los ciudadanos. Y sobre todo, pide al Caminante y a Amor de Dos Grados que cuenten las mercedes recibidas por su reino allí donde se hallaren, para gloria de Dios, y, sobre todo, para que sirva de dechado y ejemplo en otros lugares y gobiernos, y como enseñanza de cómo en poco tiempo un pueblo perdido ha podido “hacer nuevo un reino”. Tras esto, los viajeros se despiden del rey y, más tarde, en la posada, el Caminante se despedirá de su guía, quien también le invita a contar lo visto y escuchado: “Platicaldo dondequiera que viéredes que hará fruto”. En las líneas finales, el Caminante anuncia que regresa a Castilla con alegría, pues ha visto cumplidos sus deseos, que no son otros que los que enunció al principio de la obra: ver el gobierno que mejor sirve a Dios y enmendar su vida con el ejemplo de las diversas tierras y naciones. Abandona así, después de doce días, el Reino de la Verdad.

Este resumen está tomado de María José Vega, "Introducción a Omnibona", en *Omnibona. Utopía, disidencia y reforma en la España del siglo XVI*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018, pp.15-20.